



CAPÍTULO 6

Fromm y su concepto de *biofilia*¹

MARIANNE HORNEY ECKARDT

LAS PALABRAS *BIOFILIA* Y *NECROFILIA* carecen de atractivo, no invitan. Traen a la mente padecimientos como la hemofilia y poseen el aura de los pesados reclamos de la autoridad científica. Son palabras alienadas. *Biofilia* significa, por supuesto, amor a la vida. Para Fromm, biofilia es la esencia de la ética humanista y es tema central en todos sus libros. Él considera que si hemos de sobrevivir, una actitud productiva, creativa y cuidadosa hacia la vida es crucial para nuestra noción de salud mental, la de nuestros pacientes y de la humanidad. Sentí curiosidad por saber de dónde y cómo Fromm adoptó estas palabras, pues él dedicó toda su vida a luchar contra toda forma de enajenación. Explica por qué eligió el término *necrofilia* y su explicación resulta iluminadora. Biofilia es el antónimo de necrofilia.

Fromm dice que el término *necrófilo* fue utilizado por primera vez por el filósofo español Miguel de Unamuno en 1936, en respuesta al discurso del general Millán Astray, cuyo lema era «Viva la Muerte». Unamuno respondió:

Acabo de oír el necrófilo e insensato grito: ¡Viva la muerte! [...] Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carece de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor.

¹ Este trabajo fue publicado, en inglés, por primera vez en el *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, núm. 2, vol. 20, verano de 1992, pp. 233-240.



Esta historia, y en consecuencia esta palabra, tuvieron un profundo significado para Fromm, quien lo refirió a un rasgo de carácter motivado, psicodinámicamente, en la confrontación sociopolítica entre la fuerza bruta y la valentía moral del maestro. No hay enajenación alguna en la adopción de este término por Fromm en *El corazón del hombre*.

Fromm rara vez escribió en el estilo convencional del psicoanálisis y, también, rara vez describió qué tan relevantes eran sus escritos para este campo de indagación, aunque su pertinencia esté por doquier. Quiero ubicar su preocupación por la ética humanista dentro del contexto del interés de la historia del psicoanálisis hacia los valores morales, para destacar su forma de pensar. La relación entre los valores morales y la neurosis ha sido asunto incómodo en la historia de nuestra disciplina: el concepto de superego de Freud se relaciona con la fuerza biológica del *ello* y apunta hacia los tabúes específicos del asesinato y del incesto, los cuales escasamente pueden fundamentar una ética más amplia. Heinz Hartmann confrontó estos problemas por primera vez en *Psychoanalysis and moral values*, un libro complejo en el cual afirmó la separación de las áreas del psicoanálisis de la de los valores morales y señaló que las neurosis no constituyen «un problema moral». Quiero señalar algunas de sus frases clave:

Usted sabe que en análisis evitamos, con mucho cuidado, imponer demandas éticas a nuestros pacientes [...]. Freud fue el primero en recordarnos que el análisis está muy lejos de ser una llave confiable a la moralidad, como tampoco lo es para la felicidad [...]. El análisis puede conducirnos a la unidad pero no necesariamente a la bondad [...]. Con frecuencia se considera más sano, más racional y más legítimo actuar hacia el propio interés [...] pero el psicoanálisis no está para decidir sobre estos asuntos [...]. No es infrecuente que en el curso de un análisis se agudice el reconocimiento de nuestros valores auténticos y se distingan de los que no lo son. Esto no transforma, o lo hace rara vez, a una *mala persona* en una *buen persona*. Todo ello sugiere que los códigos de conducta se pueden hacer menos distorsionados y con frecuencia resulta menos unilateral la expresión de los aspectos morales de la personalidad.

Los neofreudianos tomaron el problema con mayor seriedad; para ellos, las neurosis eran en verdad un problema moral. Este enfoque produjo un cambio tan radical que abandonaron la teoría de la libido: las fuerzas neuróticas ocasionan una autoenajenación que va a interferir con la productividad, la creatividad y la relación con los otros. En su último libro, *Neurosis and human growth*, Karen Horney tituló el



primer capítulo «The search for glory», donde señala que en la naturaleza del hombre las fuerzas neuróticas interfieren con la tendencia a la autorrealización, y al respecto escribió:

No se debe y de hecho no se puede enseñar a una bellota a convertirse en un encino, pero si se le da la oportunidad, la bellota desarrollará sus potencialidades intrínsecas. De modo semejante, si se le da la oportunidad al hombre, tenderá a desarrollar el potencial humano que le es propio, podrá desplegar entonces la fuerza viva, única, de su *self* [yo propio] real: la claridad y profundidad de sus sentimientos, sus pensamientos, sus deseos e intereses, la capacidad para utilizar sus propios recursos, su fuerza de voluntad, sus dotes o capacidades especiales, la facultad de expresarse y relacionarse con sus semejantes con sus sentimientos espontáneos.

Aquí Horney describe, con su claridad habitual, una norma de salud mental ampliamente aceptada, pues mide no sólo lo que pudo ser, sino además «aquello a lo que no se le da ninguna oportunidad» por la interacción entre el medio ambiente, la angustia y las estrategias neuróticas defensivas que interfieren con el desarrollo normal del sujeto. Estas normas ideales ayudaron a crear la noción ampliamente aceptada de que ser neurótico era ser malo o un ser humano disminuido, en tanto que no ser neurótico se equiparó a poseer salud e integridad.

Otro persuasivo proponente de las ideas de Horney fue Andrea Angyal, que en su libro *Neurosis and treatment: A holistic theory* expone su teoría de la organización dual de la personalidad: una plenamente sana y otra que llamó neurótica. La personalidad neurótica impone la impronta de su origen a su estado de aislamiento y angustia, en tanto que la sana siente al mundo como su hogar, rico en oportunidades, bien ordenado y relacionado de modo significativo con su persona.

Los años cuarenta y cincuenta fueron los del mayor idealismo acerca del papel del psicoanálisis como salvador de la humanidad. Money-Kryle, un asociado de Melanie Klein, habla en su libro *Man's picture of the world* de su esperanza de que si el psicoanálisis se realizara en una escala amplia y profunda, afectaría al mundo en su totalidad y apuntaría hacia un futuro más feliz para la humanidad.

Freudianos y neofreudianos, a pesar de sus diferencias, comparan la idea de que los problemas morales no son de su incumbencia ni de su responsabilidad. Los freudianos consideran que su objetivo



terapéutico es ajeno a tales problemas, mientras que los neofreudianos confían en las fuerzas positivas inherentes a la naturaleza. Fromm arriba a un planteamiento diferente pese a ser cofundador de una corriente neofreudiana: el hombre tiene un potencial para el bien y para el mal, por lo que la maldad no es un simple producto de la psicopatología. Nuestras ideas acerca de la salud mental no son sólo una medida de enfermedad, sino una mezcla de psicopatología neurótica y nuestras creencias en la ética occidental. Fromm asume el reto que hace poco fue expresado de modo sucinto por Stephan Jay Gould, quien escribe de nuestra esperanza ya predispuesta a considerar la evolución como inherentemente progresiva, o lo que es lo mismo, que el buen diseño o la armonía del sistema están vinculados a las leyes de la naturaleza. Escribe Gould:

Al reinterpretar nuestra vieja esperanza de poder extraer mensajes morales de la naturaleza, nos quedamos con dos opciones: tal vez los mensajes están ahí y son terribles [...] o no se puede derivar mensaje moral alguno de los sucesos naturales. Las normas éticas de la vida humana no están escritas en los cielos ni grabadas en una brizna de pasto; son conceptos humanos que sólo pueden ser aplicados a los seres humanos y a sus luchas internas. En consecuencia, requerimos de humanistas de todas clases, porque la ciencia no toca estos asuntos tan profundos.

Fromm es uno de esos humanistas y es muy importante ser muy claros acerca de lo que él considera la esencia del hombre. Fromm cree que el ser humano es producto de la evolución natural de las especies, por lo que forma parte de la naturaleza a la vez que la trasciende por estar dotado de razón y de conciencia de sí mismo; piensa que la esencia del hombre puede ser develada, pero que esta esencia no es una sustancia que va a caracterizarlo siempre y en todas las épocas de la historia; esta esencia consiste, como él lo menciona, en la ya señalada contradicción inherente a su existencia que lo obliga a encontrar una solución. El ser humano tiene que dar una respuesta a esta pregunta en cada momento de su vida, y como reconoce que no puede dar una sola respuesta definitiva, debe mantenerse siempre atento y activo. El estilo de Fromm consiste en polarizar para subrayar; por ello dice que, aunque hay una miríada de salidas posibles, hay una solución regresiva y una progresiva, lo cual refleja el compromiso apasionado de Fromm con la ética humanista. Considera que en las bifurcaciones pueden tomarse caminos correctos o equivocados. Todos sus libros están escritos para que las personas



tomen conciencia de las alternativas y de las consecuencias de su elección. Nadie puede elegir por su prójimo para salvarlo. Escribe:

Lo único que un hombre puede hacer por otro es mostrarle las alternativas con amor y veracidad, pero sin sentimentalismos ni ilusión alguna. El enfrentamiento con las verdaderas alternativas puede despertar todas las energías ocultas dentro de una persona y ayudarle a elegir la vida en vez de la muerte. Nadie le puede infundir la vida.

El estilo escogido por Fromm es engañosamente simple en apariencia, como la frase «lo único que un hombre puede hacer», tan plena de significado. Al igual que muchas de sus creencias básicas, este estilo tiene sus raíces en las tradiciones rabínicas y en temas bíblicos reinterpretados por él. Este estilo es el de los profetas, y Fromm describe el papel de éstos: no predicen el futuro, se limitan a presentar la realidad libre de los prejuicios de la opinión pública y de la autoridad. Los profetas se sienten obligados a expresar la voz de su conciencia al señalar las opciones que ven, mostrar las alternativas y poner sobre aviso al pueblo. Es el pueblo quien deberá aceptar el aviso y cambiar, o permanecer sordo y ciego. El lenguaje profético es siempre un lenguaje de alternativas, de libertad de elección; nunca es determinante. Los profetas disienten y protestan cuando el hombre toma el camino equivocado, pero nunca lo abandonan; tampoco piensan sólo en términos de salvación individual pues consideran que siempre está ligada a la salvación social.

Es muy importante apreciar el estilo explícito de Fromm, tanto como lo es el de Picasso o el de cualquier pintor del desconstruccionismo reciente: Fromm pinta un mensaje que intenta quitar la ilusión de que se pueda vivir bien con algún grado de sumisión pasiva; él nos indica que debemos vivir de un modo activo, sabiendo que es muy importante saber escoger entre las alternativas que la vida continuamente nos ofrece. Éste es el mensaje fundamental de Fromm, y no menos importantes son los mensajes específicos que, desde la perspectiva de su ética humanista, señalan los caminos equivocados y los correctos.

El estilo de Fromm de pintar en blanco y negro tiene sus raíces en la lucha bíblica contra la idolatría. No se puede entender a Dios salvo si tratamos de entenderlo por lo que no es, como lo plantea la teología negativa. Lo mismo puede decirse de nuestra comprensión del ser humano: podemos describir su *persona*, la máscara que usa, su ego, pero no puede describirse al ser humano viviente como si fuese



una cosa. De hecho, no se puede describir su individualidad total ni captar su ser único concreto, ni siquiera por empatía, porque no hay dos seres humanos idénticos.

Una obra fundamental de Fromm trata sobre la agresión y en particular sobre la agresión maligna, que él llamó *necrofilia* y que describió en parte para decirnos lo que *no es la biofilia*.

Para subrayar, permítaseme volver a comparar a Fromm, Horney y Gould. Fromm y Horney están de acuerdo en lo que el ser humano puede llegar a ser, en el mejor de los casos; difieren en que Horney cree que existen fuerzas innatas que tienden a la autosuperación, en tanto que Fromm no cree que la gente necesariamente sepa cuál podría ser su camino, aunque no se vea desviada por fuerzas neuróticas; él considera que la mayor parte de las personas fracasan en el arte de vivir no necesariamente porque sean malas o tan carentes de voluntad que no puedan vivir una vida mejor, sino porque no abren bien los ojos y, en consecuencia, no se dan cuenta de que están paradas ante una bifurcación del camino. Los seres humanos necesitan ser alertados de que su destino les requiere esforzarse para encontrar la dirección que darán a su vida y las respuestas que les impone su participación activa en su vivir. Gould y Fromm difieren sólo en sus esperanzas: Gould no se hace ilusión alguna en que la naturaleza proporcione la respuesta, mientras que Fromm coquetea con esa posibilidad. En *La revolución de la esperanza* pregunta, casi con nostalgia, si hay evidencias objetivas que por lo menos sugieran que nuestros valores son las normas que deberían orientar a todos; se apoya, de nueva cuenta, en las premisas de armonía y máxima vitalidad, y dadas estas premisas, las normas biofílicas serían las que mejor propicien el crecimiento espiritual óptimo y el bienestar.

Fromm, a pesar de su creencia en la teología negativa, ha descrito de muchos modos el arte de vivir. Puesto que su noción de estar plenamente vivo y despierto no difiere mucho de nuestra forma de pensar implícita o explícita, mencionaré sólo algunas de sus descripciones:

La persona que ama la vida plenamente es atraída por todas las esferas del proceso de vida y de crecimiento. Prefiere construir a conservar. Es capaz de asombro y prefiere ver algo nuevo a encontrar la seguridad en la confirmación de lo viejo. Ama la aventura de vivir. Ve el todo y no únicamente las partes. Goza la vida más que buscar la excitación. ¿Qué es entonces la identidad en un sentido humano? [...] La identidad es la experiencia que le permite a un individuo decir legítimamente *yo*, como



el centro activo organizador de la estructura de todas sus actividades actuales o potenciales. Esta experiencia de *yo* existe sólo en un estado de actividad espontánea, nunca en una actitud pasiva o de semivigilia, condición en que la gente está lo suficientemente despierta como para atender sus ocupaciones pero no lo bastante como para sentir ese *yo* como el centro activo que cada uno lleva dentro. Este concepto de *yo* es diferente del concepto de ego.

En *¿Tener o ser?* cita con frecuencia a Maestro Eckhart, quien enseñó que el estar vivo, despierto, conduce a la alegría; este monje del siglo XIII encontró una hermosa expresión poética para la idea del poder creativo de la risa y de la alegría, que Fromm cita:

Cuando Dios le ríe al alma y el alma le responde con su risa a Dios, se engendran las personas de la Trinidad. Hablando en hipérbole, cuando el Padre le ríe al Hijo y el Hijo le responde riendo al Padre, esa risa causa placer, ese placer causa alegría, esa alegría engendra amor y ese amor crea a las personas [de la Trinidad], de las cuales una es el Espíritu Santo.

Fromm describe así la experiencia de conversar:

Se entregan plenamente a la conversación y no se inhiben, porque no les preocupa lo que tienen. Su vitalidad es contagiosa y a menudo ayuda al otro a trascender su egocentrismo. Así, la conversación se convierte en un diálogo en que ya no importa quién tiene la razón. Los duelistas comienzan a bailar juntos y no se separan con un sentimiento de triunfo o de tristeza, sino de alegría.

Fromm hace aquí algunas de sus pocas referencias al tratamiento psicoanalítico:

El factor esencial en la terapia psicoanalítica es la cualidad vivificante del terapeuta. Ninguna interpretación psicoanalítica servirá si el ambiente terapéutico es pesado, aburrido.

Mi breve descripción estaría incompleta si no menciono una cualidad que para Fromm es de gran importancia: la esperanza, elemento intrínseco de la estructura de la vida y de la dinámica del espíritu humano. La esperanza es un concomitante psíquico de la vida y del crecimiento, siempre implícita en la naturaleza misma de la vida, porque la esperanza es un mirar hacia adelante, es fe, es intención, es un desear activo, es el entusiasmo de las ideas y del encuentro gozo-



so. La esperanza está inherente en el cuidar con interés y en toda empresa creativa; es la emoción que activa nuestras búsquedas, nuestras ideas, y aumenta la intensidad de lo que nos es significativo. Debemos tomar en cuenta que la esperanza es un fenómeno en peligro constante por su extrema vulnerabilidad. La resignación como no esperanza es, por omisión, la contraparte destructiva de la vida.

La mayor parte de los escritos de Fromm no tratan acerca del psicoanálisis ni fueron escritos para psicoanalistas; no escribió acerca de la naturaleza de las neurosis y muy poco de la técnica psicoanalítica, pero su obra es del todo pertinente para nuestro propósito. Sobre todo, apunta a la naturaleza del espíritu que orienta la vida productiva, la cual debe guiar todas nuestras actividades, incluyendo la que se realiza durante una terapia. Al igual que el vivir, la terapia es una empresa activa que no puede realizarse siguiendo las reglas al pie de la letra, por lo cual no debemos buscar la guía confortante de una teoría o de un manual que nos instruya sobre técnica. Necesitamos estar despiertos y alertas porque hay muchas bifurcaciones en los caminos de cualquier sesión de psicoanálisis, y debemos tomar una decisión, sea intuitiva o razonada. Todo evento de una sesión está entreverado en la red multidimensional de la existencia, por lo que cualquier acción o no acción de nuestra parte afecta el curso de ésta.

El psicoanálisis se desarrolló en un periodo de determinismo científico que quedó tejido en su teoría y en su abordaje terapéutico; por ello, como estudiantes de psicoanálisis aprendimos a seguir el patrón que nos enseñaron. La experiencia es la que nos enseña a utilizar nuestros conocimientos, nuestra intuición y nuestro interés, y es la que nos muestra la verdad escueta de que la respuesta acerca de cómo guiar la vida o la terapia no se encuentra escrita en un pizarrón. La vida presenta una dimensión moral, sea en la vida propia o en la de nuestro paciente, dimensión moral que debe ser nutrida muy activamente y que no es sólo consecuencia de la presencia o de la ausencia de una psicopatología.

No sólo somos psicoanalistas, también somos hijos de nuestra tradición cultural occidental; nuestros valores culturales, así como nuestros valores muy personales son ingredientes activos de la manera en que llevamos a cabo nuestra labor terapéutica y en todo aquello a lo que respondemos con placer o a lo que estamos atentos. Es una verdad que queremos ayudar a nuestros pacientes a ser más capaces de amar, de ser creativos y menos destructivos, por ello afirmamos que éstos son nuestros valores más preciados y no la mera ausencia



de una psicopatología. Una vida constructiva y productiva requiere un cuidado amoroso, cálido.

Al comenzar a escribir este trabajo recordé un artículo maravilloso en *The New York Times* (domingo 14 de octubre de 1990): «Isaac Stern, el habilitador», escrito por el chelista Yo-yo Ma, que resume lo que quiero decir:

El señor Stern tocó la *Sinfonía concertante* de Mozart durante uno de los Conciertos-Seminarios de Cuerdas Navideños de Alexander Schneider cuando yo tenía quince años de edad, y después nos habló de Casals como un personaje que enseña el camino al arte hermoso que después le corresponde a uno explorar. Yo creo que esa misma es la filosofía del señor Stern: generosa, porque se esfuerza en alcanzarnos, pero el otro debe ejercer un papel activo para encontrarlo a medio camino. El solo hecho de ser talentoso no implica que uno se merezca la adulación y la generosidad de todo el mundo; uno necesita trabajar con gran empeño y merecerlas. Debo agregar que la actitud que he observado en el maestro, en todo el tiempo que llevo de conocerlo, es de quien da y con frecuencia da sin condición alguna. Así como está de ocupado, él se da tiempo para ver a las personas. ¿Por qué hace tal esfuerzo? No es por ambición ni es por estar dotado de una gran energía física; los hechos, las personas, la música y los acontecimientos conmueven al maestro profundamente. Le interesa vivamente cómo se toca el violín y su profesión de violinista, y recibe a cambio la comprensión, que es un estímulo que lo activa y lo motiva a darse cada vez más. Cuando él observa esta clase de motivación en otras personas, dice que *tienen fuego en la barriga*.

Nosotros también somos habilitadores, queremos habilitar a los pacientes para que encuentren y desarrollen recursos significativos que mejoren su calidad de vida; confiamos en aumentar su vitalidad y su energía. Fromm nos recuerda que un ingrediente indispensable para ser terapeuta o habilitador es estar plenamente vivos nosotros mismos, o en palabras del señor Stern: tener al menos un pequeño «fuego en la barriga».

Bibliografía

- ANGYAL, ANDREA, *Neurosis and treatment: A holistic theory*, Nueva York, Viking Press, 1950.
- FROMM, ERICH, *Más allá de las cadenas de la ilusión: mi encuentro con Marx y Freud*, México, Herrero Hermanos, 1964.



- FROMM, ERICH, *El corazón del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- , *La revolución de la esperanza*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.
- , *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1975.
- , *¿Tener o ser?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- GOULD, STEPHEN JAY, «A poet's Darwin», *Parnassus Poetry Review*, núm. 14, 1987.
- HARTMANN, HEINZ, *Psychoanalysis and moral values*, Nueva York, University Press, 1960.
- HORNEY, KAREN, *Neurosis and human growth*, Nueva York, W. W. Norton, 1950.
- MONEY-KRYLE, R. D., *Man's picture of his world*, Nueva York, International University Press, 1961.